

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Miércoles 9 de Junio.**El Eco de Cartagena****EL DEDO EN LA LLAGA.**

El ministro del interior, en Francia, acaba de dirigir una circular á los prefectos la cual tiende á llevar la civilizaci6n á las capas sociales que se muestran refractarias á toda clase de progreso intelectual, proporcionando ancho campo á la ignorancia para que camine con el desembarazo que corresponde al estado de decaimiento moral de los pueblos.

Fijese en ella en los que habiendo ingresado en el ejército no han aprendido á leer y escribir, y previene que sigan por espacio de dos años para que purgen una falta que reclama severo correctivo.

Desea á la vez que los prefectos recomienden á los alcaldes, la necesidad de circular las disposiciones que imponen mas tiempo en el ejército á los que carezcan de tan indispensables conocimientos, y asegura que el gobierno será inexorable en este terreno.

Medidas de tal naturaleza merecen nuestra aprobacion, siendo el reflejo de las aspiraciones nobles y levantadas del poder que en todos casos se halla obligado á satisfacer las exigencias de la época en que vive, por doloroso que sea tener que castigar.

Notoria injusticia seria formular exigencias sin conceder antes los medios de poderlas realizar; pero es criminal consentir que la falta de cultura se perpetúe, convirtiendo á las sociedades en agrupaciones que reflejan otras á las cuales se ve precisado el hombre á combatir en el terreno de la fuerza.

Si al ser racional le prohíbe la moral disponer de su vida, ¿porqué autorizar con la indiferencia el envilecimiento que na e de la falta de cultivo de la inteligencia?

Poco grave nos parece aun la obligacion que pesa sobre los desdichados seres que desprecian los

fundamentos en que la ciencia se apoya, ó los cimientos que sirven de punto de partida á las artes, la industria y cuantas formas reconoce la actividad humana; quisiera que en esto se emplease el rigor mas absoluto, porque somos partidarios de que el bien se imponga si hacia él muestran algunos seria é inexplicable resistencia.

La disposici6n adoptada en la naci6n vecina tiene gran aplicacion en la nuestra; y ya que imitamos lo malo, importándolo con rapidez asombrosa, seamos una vez l6gicos, busquemos enseguida lo que se recomienda por su eficacia y utilidad.

España se halla en idénticas condiciones que Francia, puesto que hasta en las mas pequeñas aldeas existen escuelas de primera enseñanza, y clases nocturnas de adultos para los que en su infancia dejaron de concurrir á las primeras; y como por regla general no se pide al alumno retribucion de ninguna especie, de aqui el que pueda imponerse al que entre en quinta la obligacion de servir dos años mas si al entrar en suerte no sabe leer y escribir.

Si á este procedimiento se acogiera el señor ministro de Fomento, poniéndose de acuerdo con el de Gobernacion, la estadística dejaría de acusar esa cifra bochornosa que revela la ignorancia del setenta por ciento de los que habitan en nuestra patria, rebajándonos ante el concepto de la Europa civilizada.

Antes hay que tomar una disposici6n que orille las dificultades con que puede tropezar, cortando las reclamaciones ulteriores.

La ley de 1857 impone multas á los padres ó tutores que dejan de mandar sus hijos á las escuelas, y como todavia no se ha hecho efectiva esa responsabilidad, urge que se haga cumplir el precepto legal, recordando á los alcaldes lo que al parecer ignoran.

La pretension que formulamos en el presente escrito tiende á dar importancia á nuestro pais, hábito de instruccion; y al acceder á ella conseguiremos que el fusil que el

fanatismo maneja, descanse, que los presidios y cárceles alberguen menor número de desgraciados seres, y la civilizaci6n cunda á las clases jornaleras poniéndolas á cubierto de los ataques que alimenta la pasion política y desencadena la ambicion innoble de aquellos que cifran su valimiento y poder en la ruina del pueblo á quien adulan.

EN TREN EXPRESO.

MI querido amigo: Son las ocho de la mañana y el silvido de la locomotora nos anuncia que vamos á partir. Cumpló mi misi6n y mi compromiso para contigo, aun á trueque de no divertirme en este improvisado viaje, como lo hacen todos mis compañeros de comitiva.

Sin preguntar cuanto y sin exigir garantías de ninguna especie, he venido á entregarme en cuerpo y alma á esta amable sociedad, que representa el entusiasmo de un pueblo agradecido. Sabe Dios lo que harán de mí, pero nada temo, ni nada malo espero. Hasta ahora van cumpliendo con las exigencias de todos y el tren especial ha partido, llevando en sus vagones un centenar de cartageneros, dispuestos á todo y mas listos que Cardona cuando se trata de la prosperidad de su pais.

El monótono y cansado ruido que produce un tren y mucho mas si este camina á gran velocidad, ocasiona generalmente malestar y disgusto, pero no nos ocurre así á nosotros. En todos los departamentos reina la mas completa alegría y cada cual refiere á su modo los deseos y aspiraciones que abriga para Cartagena. Hay quien habla de abrir un canal que circunvale la poblacion, haciendo desaparecer sus murallas y construyendo fuertes avanzados á larga distancia de aquel. Defiendese la idea con verdadero entusiasmo y en pró de ella se aducen razonamientos incontestables. Otros la censuran y se promueven acaloradas discusiones, hasta que la palabra pausada del mas práctico, hielos los corazones de todos, con las frases: ¡Si no tenemos dinero!

Cesa un momento la discusion y se oye en el mismo carruaje, aun cuando en distinto departamento, una voz fuerte que sale de un pecho en extremo vehemente y apasionado por las glorias de Cartagena, que dice y repite con entusiasmo. «Roldan ha de ser primero.» He puesto el oido atento y he podido comprender que se trataba de erigir estatuas á cartageneros célebres y que el fogoso amigo, aun cuando ninguno le contrariaba, se empeñó en que la de Roldan habia de ser la primera: recordó en su apoyo todas las vicisitudes, todas las glorias de aquel inmortal soldado y terminó su peroracion entusiasta, diciendo con un sábio y profundo filósofo: «Las glorias de Roma y Cartago han desaparecido, Atenas y Grecia solo viven en la memoria de unos pocos, las mas colosales obras de la antigüedad murieron para siempre y solo existe la de un pobre soldado, el Hospital de Cartagena porque se cimentó sobre la Caridad y el amor á Dios.»

No bien habia terminado nuestro querido amigo su discurso, oí tambien la maldita frase, «Si no tenemos dinero!» y todo tornó á quedar en silencio.

Hemos pasado las estaciones de La Palma y Pacheco. En ninguna de ellas nos hemos detenido y voy á arrollar mi lío de papeles para beber una limonada que me ofrece quien todo lo prevee cuando se trata de comer. Ya comprenderás de quien te hablo, pero lo que no es fácil que comprendas, es que lleva apuradas seis botellas de gaseosa y algunos vasos de agua.

Estamos en Balsicas y continuo escribiéndote. Me es difícil coordinar lo que oigo, sin embargo en mi departamento se habla con entusiasmo unánime de un general y temo que se trate de la guerra y que la cuestion política surja á pesar de todos los pesares.

Me equivoqué amigo mio: No se trata de ningún general guerrero, se trata de un general que al frente de su Departamento, está haciendo hoy por Cartagena y ha hecho desde que lo tenemos en ella, lo im-